

con recoger algunos monges vagamundos, espelidos de las casas de religion, y algunas veces á sus propios vasallos á quienes precisaron á tomar el hábito de religiosos y á vivir en obediencia. Confiere á sus mugeres las prelacías de las comunidades religiosas de su propio sexo; abuso igualmente ridículo que escandaloso, y que los hace á un mismo tiempo superiores de monges y gobernadores de plazas. Seria, pues, de la mayor importancia emplear en lo que he dicho semejantes establecimientos que solo causan riñas y escándalos, y que á lo menos son muy inútiles á la iglesia y al estado."

Despues de haber exhortado Beda al arzobispo á reformar este abuso que reinaba en otras partes del mismo modo que en Inglaterra, le persuade á que enseñe y haga enseñar á los ingleses, como un punto de los mas importantes de la vida cristiana, cuán útil sea el comulgar á menudo á egemplo de la Italia, de la Galia, del África y de todo el oriente. „Pero entre nosotros, prosigue, los legos viven tan distantes de esta loable y saludable costumbre, que los mas piadosos solo comulgan por Navidad, en la Epifanía y en la Pascua, no obstante que hay una infinidad de personas de ambos sexos y de todas edades cuya vida es muy pura, y que podrán comulgar todos los domingos y en las fiestas de los Apóstoles y Mártires, como lo habeis visto practicar en Roma."

45. Entre las diferentes obras de Beda, el libro de las seis edades del mundo le ocasionó censuras muy vivas de algunas personas cuyo celo era mas ardién-

te que ilustrado. Toda la acusacion se dirigia á que Beda, prefiriendo con San Gerónimo el original hebreo de la Biblia á la version de los Setenta, contaba menos de cinco mil años desde la creacion del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo. Las censuras llegaron sin embargo hasta la nota de heregia, de la cual el docto cronologista creyó deberse lavar seriamente. Lo verificó en una carta apologética dirigida al monge Pleguino, en la cual espone los fundamentos sólidos de su opinion. Destruye al mismo tiempo la preocupacion vulgar y entonces muy comun, de que el mundo debe durar seis mil años; y establece por máxima general, que nadie debe emplearse en pretender conocer el tiempo del fin del mundo que Dios ha querido ocultarnos.

Además de esto, tenemos de Beda un martirologio, las vidas de diferentes Santos, algunos tratados del bisesto y del equinoccio, género de estudio muy apreciado entonces á causa de las disputas sobre la Pascua; y otras muchas obras menos importantes, á las cuales se han añadido muchas que no son suyas. Así encontró medio de pasar sus dias en la paz y en la inocencia, continuamente aplicado á estudiar, á escribir ó á instruir de viva voz, y á procurar la edificacion de sus discípulos y de toda la Iglesia.

46. Estando próximo á la muerte, se portó del mismo modo que en los dias mas bellos de su vida, siempre laborioso, siempre edificante, tan recogido que nada le distraía, y en todas sus acciones reinaba una tranquilidad de alma y de conciencia que anun-

ciaba la sublimidad y pureza de sus ideas (1). Quince días antes de la Pascua se sintió acometido de una suma dificultad en la respiración; lo que no alteró en manera alguna la serenidad de su alma, ni interrumpió los ejercicios ordinarios de su celo. Pasó con santa alegría según el espíritu de la Iglesia las fiestas de Pascua y el tiempo que media entre estas y la Ascension. Hizo diariamente las lecciones acostumbradas á sus discípulos, empleando el resto del día y gran parte de la noche en bendecir al Señor y cantar salmos en cuanto se lo permitía su indisposición, trabajando además en sus piadosas composiciones, de las cuales dictó algunos trozos en el mismo día de la Ascension que fue el último de su vida.

A la hora de nona, conociendo su decadencia, hizo varios presentes á los sacerdotes del monasterio que indican la sencillez de aquellos tiempos y de estos buenos religiosos. Se reducían á algunos cucuruchos de pimienta, cuyo uso era menos común que en el día, algunas botellas de agua vulneraria y unos pañuelos: único tesoro que enriquecía la celda de este hombre grande. Quiso hablar á cada uno de sus hermanos en particular, y encomendó su alma á sus oraciones y sacrificios. Estando ya en la agonía, hizo que le pusiesen en el suelo de su celda; y en él exhaló el último suspiro, esforzándose á cantar el *Gloria Patri*. Falleció en el año 735 á los sesenta y tres de su edad. La Iglesia le venera entre sus Santos, título que los antiguos no han tenido di-

(1) *Act. Bened. tom. 4. pag. 537.*

ficultad en conferirle, y sobre el cual ha prevalecido el de Venerable por la estimación singular que en todas partes manifestaron á sus escritos.

47. Ceodulfo, Rey de Nortumberland, quedó tan penetrado de su lectura, que dejó la corona y se hizo monge en la abadía de Lindisfarne (1), á la cual cedió todos sus tesoros y muchas tierras: lo que fue causa de introducirse en ella alguna especie de relajación. Empezó desde entonces á permitirse el uso del vino y de la cerbeza, no bebiéndose antes mas que agua y leche. Este Príncipe no dejó de llegar á un alto grado de virtud. Murió en olor de santidad al cabo de veintidos años, y es honrado con culto público.

48. Los pueblos, cuyos Reyes se manifestaron mas bárbaros y mas enemigos de la Iglesia, se convirtieron en sus mas ardientes defensores. En Lombardía el Rey Luitprando juntaba al valor y á las otras cualidades del trono una piedad sincera, mucho amor á los pobres y una adhesión inalterable á la verdadera Religión (2). Pero la rivalidad del poder y la ambición que no siempre es esterminada por la piedad, le empeñaron en algunas empresas contra los Papas, muy poderosos en Italia aun antes que llegasen á ser Soberanos. Estaba ya preparado para tomar á Roma, cuando el Papa Gregorio II sostenido solamente de su dignidad, salió á su encuentro para exhortarle á la paz. Oyó al Pontífice con respeto religioso, y quedó tan penetrado de sus discursos que se echó á

(1) *Ibid. pag. 164.* (2) *Paul. Diac. lib. 6. hist. cap. ult.*

sus pies, entró cuasi solo en la ciudad, ofreció sus armas á la iglesia de San Pedro, y volvió á su reino sin haber sacado ventaja alguna temporal de su victoria. Habiendo llegado á su noticia que en Cerdeña insultaban los sarracenos á las reliquias de San Agustin, que habian sido conducidas allí durante la persecucion de los vándalos, envió embajadores con crecidas sumas para rescatar este precioso depósito y trasladarle á Pavia, donde tenia su residencia. Le hizo colocar en la iglesia de San Pedro, mandada edificar por él mismo cerca de la ciudad, la cual por su magnificencia era llamada el cielo de oro, hasta que la devocion de los pueblos á San Agustin la dió el nombre de este santo doctor.

49. Sin embargo, quedaban tristes vestigios de la primera impiedad de los lombardos. El célebre monasterio de Monte-Casino, á quien cuasi todo el occidente debia los verdaderos principios de la disciplina regular, al cabo de ciento y cuarenta años que los lombardos le habian destruido no presentaba mas que un monton de ruinas, en las cuales algunos solitarios destituidos de todo socorro apenas hallaban con que alimentarse y cubrirse. El Papa Gregorio, en medio del designio que tenia de restablecer en Italia la disciplina monástica, no halló objeto mas digno de su atencion que este antiguo modelo de la perfeccion religiosa (1). Le devolvió lo que Roma habia recibido de él, enviándole bajo la direccion de Petronacio algunos hermanos del monasterio de Le-

(1) *Id. lib. 5. cap. 40.*

patriarca German, quien demostró todo el horror que le causaba una doctrina inaudita en la Iglesia, en cuyos altares siempre habian estado espuestas las imágenes á la veneracion de los fieles; y manifestó por último, que este artículo era tan necesario al cristianismo, que no dudaria perder la vida en su defensa. La desgracia fue, como por lo regular sucede en toda disputa de religion, que el Príncipe contaba á su favor algunos obispos. Tuvo tal vez Constantino de Nacolia en Frigia (mas parte que Leon en la nueva impiedad, reputada por obra de este obispo, y cuya confirmacion procuró con el mayor esmero. El patriarca trabajó por reducirlo, dando principio á la empresa por escribir á su metropolitano Juan de Sínnada, el que habia escrito ya á San German.

3. „Vino, le dice (1), antes de recibir vuestra carta el obispo Constantino, con quien he tenido una conferencia para apurar de él exactamente lo que solo sabia por voces vagas; y ved aquí el fruto de mi conversacion. Es cierto, me ha dicho, que movido principalmente por aquellas palabras de la Escritura: *no harás para adorarle, imagen alguna de cuanto hay en el cielo ó en la tierra*, he sostenido que no debian adorarse las obras de los hombres; pero creo á pesar de eso que los santos mártires son dignos de los honores públicos, y de que se implore su intercesion. Le repliqué: la fe, y las adoraciones del cristiano solo tienen por término á Dios, segun estas pa-

(1) *Tom. 6. Conciltor. pag. 280.*

labras de la Escritura: *adorarás al Señor tu Dios, y servirás á él solo.* Dirigimos á Dios únicamente el culto supremo, como á objeto exclusivo de todo nuestro culto: y no permita Dios que adoremos á las criaturas. No tributamos á otros siervos como nosotros los homenajes debidos tan solo al Soberano Autor de la naturaleza. Cuando nos hincamos ante los Príncipes de la tierra, como el profeta Natán delante de David, no es para tributarles adoracion, y cuando permitimos levantar imágenes no intentamos alterar la pureza del culto divino. Nunca nos ha pasado por la imaginacion representar con los sentidos materiales los atributos invisibles de la Divinidad, cuya incomprendible grandeza no podrian pintar los mismos ángeles."

„El Hijo de Dios tuvo á bien hacerse hombre por nuestra salvacion, y formamos la imagen de su humanidad para fortificar con su vista nuestra fe. De este modo poseemos un medio poderoso para confundir á los hereges que han pretendido forjar una Encarnacion del Verbo puramente fantástica. Indúcenos á saludar las imágenes de Jesucristo, y á tributarlas un culto conveniente, el solo fin de renovar á nuestra memoria con fe viva los misterios. La figura que igualmente damos á la Virgen Santísima, nos trae á la memoria el gran prodigio que en ella obró el Espíritu Santo; pues siendo muger de la misma naturaleza que nosotros concibió y parió al Todopoderoso. Tambien celebramos y llamamos bienaventurados á los Mártires, á los Apóstoles, á los Profetas,

y á todos los grandes siervos de Dios que lograron la participacion permanente de su amistad, y que gozan de un gran poder en el cielo. Sus efigies refrescan en nosotros la idea de sus virtudes y de su fidelidad en el servicio de Dios. No pretendemos de modo alguno hacerlos partícipes de la Divinidad, ni les tributamos los honores debidos al Eterno, sino que intentamos mostrar con sencillez el afecto que les profesamos, y acrecentar por el sentido de la vista la fe que hemos recibido por el oido. Hemos sido formados de carne y de espíritu, ¿y no deberemos ocupar en nuestra santificacion las varias facultades de todos nuestros sentidos? Ved ahí, concluye el santo patriarca, el análisis de lo que hemos recordado al obispo de Nacolia, quien ha declarado delante de Dios, que tal era tambien su modo de opinar, y que no escandalizaria á los pueblos con discursos ni acciones contrarias. Lo que debeis hacer, sigue, es leerle esta carta; y para quitar el escándalo pedirle una adhesion entera á esta doctrina."

Residia el obispo de Nacolia en Constantinopla, y le leyó la carta el santo patriarca, haciéndole el encargo de que él mismo la llevase á su metropolitano, para cuyo efecto le dió una copia. El obispo admitió la comision y ofreció cumplir todo cuanto se le dijo. La disposicion del pueblo rebelado contra la impiedad de su doctrina, y pronto á sublevarse contra su persona, le hizo mirar como útil el disimulo hasta que llegase su tiempo. No envió sin embargo la carta á su metropolitano, quien tuvo oca-

sion de hacerlo saber al patriarca. Este escribió con valentía al pastor infiel, y le suspendió de las funciones episcopales hasta que diese cumplimiento á la comision.

Vióse tambien en la necesidad de escribir á Tomás de Claudiópolis, enemigo igualmente declarado de las imágenes. Le reprendia desde luego su ficcion, y le preguntaba, ¿por qué habiendo platicado con él tantas veces sobre distintos puntos de Religion, nunca le mentó un asunto de tanta importancia como los egercicios del culto público, en los que cualquiera novedad es capaz de escandalizar á los pueblos? Despues le persuadia la pureza de este culto, muy distinto del de los idólatras, cuya alma torpe, no observando ni reconociendo cosa alguna fuera de lo visible, finaliza por lo regular sus adoraciones en las obras de sus manos; y degradando la naturaleza divina, la representa como corporal, y la circunscribe á un lugar limitado.

„Piensan, prosigue, en la formacion de sus simulacros hacer un Dios que antes no existia; y quando este simulacro se arruina, creen no tener ya mas Dios hasta construir otro como él. Dignos son de semejante divinidad los honores que le tributan, acompañados de toda especie de disoluciones, y de acciones y palabras vergonzosas; cuando por el contrario los cristianos, adorando la imagen de Jesucristo, no adoran el leño ni los colores que le adornan, sino al Dios invisible que les representa la fe en el seno del Padre, y que los hace adoradores en espíritu y ver-

dad. Solo sirven estas imágenes y las de los Santos para escitar la virtud, al modo que lo harian los discursos ó egejemplos vivos de los hombres de bien. Si ésta antigua costumbre nos arrastra á la idolatría, ¿por qué no se ha abrogado en tantos concilios ecuménicos celebrados despues de las persecuciones, en los que se determinaron cánones sobre objetos de menor importancia? El que ofreció á los Apóstoles que permaneceria con ellos hasta la consumacion de los siglos, ¿no dirigió al propio tiempo esta promesa á los obispos que deben regir la Iglesia como sucesores de los Apóstoles? Y pues dijo que estaria en medio de dos ó tres congregados en su nombre, ¿podrá juzgarse que haya abandonado á la multitud congregada por el celo de la Religion? No está circunscripta esta especie de culto á un corto número de ciudades, ó á las menos populosas, sino que es la práctica de casi todos los paises, y sin duda alguna de las primeras y mas ilustres iglesias.”

Añade San German contestando acerca de los abusos introducidos en el culto de las imágenes, que los fieles, honrando los retratos de sus parientes y amigos, no les ofrecen culto ni homenaje alguno, y que en el caso de adorar la imagen de un Santo, Dios es el objeto principal á quien dirigen la gloria. Que nadie debe escandalizarse por ver colocar delante de las imágenes de los Santos luces ó perfumes, símbolos de sus virtudes y de la operacion del Espíritu Santo; y que Dios ha justificado con frecuencia la verdad de estos monumentos venerables con los mi-

lagros que ha obrado por su medio. El santo patriarca cita con este motivo, como cosa cierta y por todos reconocida, la imagen milagrosa de la Santa Virgen que estaba en Sozópolis, en Pisidia. Por lo que dice este padre se observa, que en las iglesias no habia mas que imágenes pintadas, costumbre que conservan todavía los griegos. Supuestos sin embargo estos principios, hemos de confesar que no se abusa mas en el culto de las estatuas que en el de estas imágenes.

4. Refirió el patriarca al Papa acontecimientos de tanta trascendencia (1): y el Vicario de Jesucristo elogió en su respuesta el vigor con que se defendia en Constantinopla la doctrina de la Iglesia. „Esta cree y procede como vos, dice á San German; ¿y quién la acusará de haber caído en el error ó en la supersticion? Llámense ídolos las pinturas imaginarias de lo que ya no existe, de lo que solo conserva su ser en las fábulas ó invenciones falsas de los paganos. Si en la Encarnacion del Hijo de Dios no se han cumplido las profecías, tampoco es de necesidad pintar lo que no ha acontecido: mas supuesto que todo ha sucedido en realidad, habiendo nacido el Salvador que obró tantos milagros, que padeció y resucitó; justo es que el cielo y la tierra, que todo cuanto tiene vida ó existencia, que el discurso y la pintura saquen á luz estos prodigios divinos. No: en la Iglesia nada hay de comun con la idolatría: si alguno á imitacion de los judíos nos acusa de idólatras por la adoracion que

(1) *Conc. VII. act. 4. pag. 282.*

tributamos á las imágenes, dejaremos que ladren en su estupidez, y les diremos como al hebreo celoso: pluguiese á Dios que Israel hubiese sabido usar de las cosas sensibles, por medio de las cuales quiso el Señor atraerle á sí: que hubiese antepuesto la vara milagrosa de Aarón á los prestigios de Astarte, la roca en que brotó una fuente de agua viva al altar de Baál, y las santas víctimas de Sion á los becerros impuros de Jeroboam.” Hablando de este modo el occidente por boca del Sumo Pontífice, demostraba su creencia enteramente conforme con la de las iglesias de oriente.

5. Los pueblos de la Grecia y de las islas Cícladas, bajo el pretesto de religion, armaron una escuadra considerable, y condujeron consigo á Constantinopla á un tal Cosme para coronarle Emperador. Los apoyos principales de la conjuracion eran Agaliano, que mandaba en Grecia, y el general Estévan. Presentaron una batalla cerca de la capital con extraordinario ardor, de suerte que habiendo sufrido una completa derrota, no les quedó recurso alguno. Arruinaron sus navíos y tropas, Agaliano se arrojó al mar con todas sus armas: y á Estévan y Cosme que cayeron prisioneros los decapitaron.

Lejos el Emperador Leon de tributar humildes gracias á Dios y mostrar su agradecimiento al patriarca German, que se habia declarado de todo punto contra los rebeldes, persiguió á los católicos con mayor rigor, y empleó nuevos ardides para seducir al patriarca. Hechas inútilmente varias tentativas, le

amenazó el Emperador que de grado ó por fuerza prohibiria todos los monumentos del culto, á lo que respondió el santo prelado: „hemos oido decir que serian destruidas las santas imágenes, mas no en el reinado de Leon. ¿Pues bajo de qué reinado, dijo Leon? Bajo el reinado de Conón, contestó San German. Es verdad, dijo Leon asombrado, que en el bautismo me dieron por nombre Conón. ¡Ah, Señor, exclamó el Patriarca, no permita Dios que este borron contamine vuestro imperio! El que cometa tal atentado será un precursor del Anti-Cristo, y sus pasos tenderán nada menos que á arruinar los fundamentos del cristianismo (1).” Semejante discurso irritó al Emperador; mas el Santo prosiguió diciendo: „Señor, os suplico que traigais á la memoria lo que ofrecisteis en vuestra coronacion, y de lo que pusisteis á Dios por testigo, jurando que no hariais mudanza alguna en las tradiciones de la Iglesia.” El Emperador no cedió, pero trocando los impulsos de su ira en artificios cobardes y pérfidos, siguió hablando al patriarca en tono capáz de arrancarle algunas proposiciones ofensivas, y tomar de ellas causa para deponerle como sedicioso. Fue sostenido por Anastasio, discípulo del Santo que defendia en secreto los mismos errores que el Príncipe, impelido de la promesa que le habia hecho del patriarcado. Limitóse San German á reconvenir con suavidad á su discípulo acerca de su infidelidad é ingratitud: pero el ambicioso Anastasio no tenia el carácter de cam-

(1) *Fragm. Epist. in Græcor. codic. orient. canonum.*

biar de resolución por tales causas. Mas impresion le causó otro cargo que le hizo el santo maestro, aunque no fue mas eficaz. Un dia en que se dirigian los dos al palacio del Emperador, Anastasio que caminaba detrás del patriarca, le pisó las vestiduras: hijo mio, le dijo el Santo, no te precipites; que no tardarás en entrar en el Hippodromo. Anastasio quedó al parecer muy turbado al oir esta espresion profética, y lo propio experimentaron cuantos estaban presentes. Cumplióse en efecto el anuncio del Santo al cabo de quince años, cuando el Emperador Constantino, hijo y sucesor de Leon, habiendo mandado arrancar los ojos á Anastasio, ordenó luego que le paseasen ignominiosamente sobre un asno por la plaza del Hippodromo.

6. El Emperador Leon acusó no obstante de idolatría al santo patriarca, á todos los obispos, y generalmente á todos los fieles. Era su ignorancia vergonzosa en materia de religion y muy grosera para que supiese distinguir el culto relativo del absoluto. Cayó en el extremo de despreciar no solo la veneracion debida á las imágenes, sino tambien el respeto á las reliquias y la intercesion de los Santos. Congregó un concilio en el que dió á luz un decreto en forma contra las imágenes: y San German se negó con firmeza á suscribirle. Me es imposible, le dijo, autorizar la innovacion mas leve sin un concilio ecuménico que esplice la tradicion. No atendió el Emperador mas que á su enojo: le despojó de su dignidad sin forma alguna canónica, y envió tropa ar-